

El traslado al Piadoso Socorro

H. Javier Marquínez

A comienzos de 1820, terminaron de trasladar todos los materiales y máquinas necesarias para hacer funcionar los talleres de la providencia. Venían de una celda de la Cartuja de Lyon que el Padre Coindre había alquilado en 1817, aunque antes habían pasado unos meses en la calle *Cours de Tapis*.

En la nueva propiedad se distinguían dos edificios bien delimitados: una pequeña casa burguesa, que a partir de ese momento iba a ser el hogar de la familia Coindre, y una construcción más grande, de dos alturas, donde se iban a colocar los talleres y las dependencias para los chicos. La finca era grande y estaba muy bien situada: en 10 minutos se llegaba hasta las orillas del Saona, y desde allí al centro de Lyon y a la iglesia de Saint-Nizier había un paseo muy agradable que transcurría a la orilla del río entre tiendas de comerciantes y aparejos de pescadores.

Junto a los máquinas y los objetos llegaron también las personas. Quince muchachos recogidos por el Padre Coindre entre lo mejor de la ciudad: jóvenes recién salidos de prisión, muchachos abandonados por sus padres, niños muy pobres que no podían soñar con una escuela. También cinco o seis compañeros, tejedores profesionales encargados de asegurar que el trabajo de la providencia tuviera la suficiente calidad como para encontrar clientes. Por último, el joven contraamaestre al que Coindre confiaba el cuidado directo de los alumnos. Se llamaba Antoine Genthon y había estado en la providencia desde los primeros tiempos de la Cartuja. Era un muchacho de 20 años, buena persona, devoto cristiano y muy querido por los alumnos.

La providencia fue bautizada desde el primer día. El Padre Coindre había pensado largamente el nombre que iba a dar al establecimiento: el Piadoso Socorro. Dos palabras que significaban la plenitud de lo que se quería para la obra. “Socorro” en el sentido de refugio, consuelo, ayuda para aquellos que están en estado de extrema necesidad. “Piadoso”, que aparecen en primer lugar, es la obra que nace de las manos de Dios, donde los hombres no son más que los intermediarios de su amor .

Los primeros días de la nueva providencia fueron frenéticos. Había que echar a andar lo antes posible los telares, porque cada día sin producción significaba un nuevo agujero en las mermadas cuentas del Padre Coindre. No había pasado una semana desde que llegaron las primeras máquinas, y ya estaba todo listo para comenzar a trabajar. Antes de poner en marcha el primer telar, Coindre reunió a la media docena de operarios del taller, los compañeros tejedores.

Todos se colocaron alrededor de uno de los telares situado en la planta baja. Coindre se sentó en el banco del tejedor, pero de espaldas a la máquina. Junto a él, de pie, estaba el joven Genthon, contraamaestre y encargado directo de la formación y el comportamiento de los alumnos. Los demás habían tomado acomodo, algunos de pie, otros sentados, en un improvisado e irregular semicírculo

—Queridos amigos —comenzó Coindre la reunión—. Por fin, después de tantas dificultades parece que hemos encontrado una sede estable para nuestra providencia.

Se detuvo, tomó aire y miró un momento a su alrededor. Aquellos hombres eran en su mayor parte trabajadores experimentados, pero en su rostros, en sus manos, en su ropa, se adivinaba la dureza del trabajo, la pobreza de su condición, la escasez del pan de sus familias.

—Me gustaría comentar algunas cuestiones necesarias para la organización de nuestra pequeña obra —continuó Coindre abriendo las manos y señalando alrededor—. Esta casa, como sabéis, está destinada a los pobres chicos que se encuentran desamparados y sin recursos. Vamos a poner a los muchachos en dos talleres; uno aquí y otro en el piso de arriba. En este primer taller estarán los muchachos de buena familia que tienen una conducta más o menos aceptable. El taller de arriba será para los chicos que han salido de prisión, y también para los que más dificultades nos ofrecen por su comportamiento.

El orador interrumpió su discurso, porque alguno de los presentes comenzó a manifestar cierto nerviosismo, e incluso apareció algún velado gesto de desaprobación. El Padre Coindre esperaba algo así: en los últimos tiempos se había producido algún acto grave de indisciplina entre los jóvenes, y los maestros exigían medidas contundentes que pudieran dejar a salvo el principio de autoridad. “O él o yo” le había dicho a Coindre uno de los tejedores, exigiendo la expulsión inmediata de un muchacho de la providencia.

—Qué pasa Étienne —dijo Coindre, dirigiéndose a un hombre de unos 40 años de rostro rubicundo y jovial que parecía hacer de portavoz del grupo—. ¿Cuál es la dificultad?

—El muchacho Armand, ese que usted rescató de la prisión de Roanne —se adelantó un poco y dijo con voz alta y clara para que el Padre Coindre notara que no hablaba solo en su nombre—. Tendríamos que hacer algo para que ese chico no viniera al Piadoso Socorro. Usted mismo ha dicho en alguna ocasión que tenemos que trabajar con todos los muchachos con tal de que no supongan un peligro para sus compañeros ni para la institución. Armand es un gran peligro para todos: su comportamiento es incontrolable, y ha amenazado a sus compañeros y a sus maestros.

—Todo lo que usted dice, mi querido Étienne, es verdad —respondió Coindre con una media sonrisa que expresaba su preocupación por el tema—. ¿Pero si nosotros no recibimos a muchachos como Armand, quién lo hará? He estado en varias escuelas y establecimientos de la ciudad, incluso me he ofrecido a pagar lo necesario por la educación de estos chicos, pero nadie quiere recibirlos. Aquí me dicen que no tienen sitio, allí que se dedican a otro “perfil” de alumnos. En definitiva, nadie quiere perder su prestigio ni el buen nombre de su escuela —Coindre hizo una sentida pausa y continuó—: Yo les pido que abran sus corazones a la misericordia y socorran a estos muchachos, a veces conflictivos, maleducados, insoportables, y por eso mismo necesitados de maestros que les muestren que el amor de Dios puede llenar de luz sus vidas ahora oscurecidas por el dolor.

Ninguno de los presentes encontró argumentos suficientes para responder al ruego que por amor de Dios les hacía el Padre Coindre, y para todos quedó claro que el Piadoso Socorro iba a ser una escuela muy particular, donde el primer requisito para ser admitido como alumno era estar necesitado de conocer a Dios, y el criterio fundamental para la contratación de los docentes sería tener vocación para transmitir a las gentes la esperanza de la salvación.

El Padre Coindre, por su parte, miraba con cierta preocupación a este primer grupo de colaboradores y se preguntaba, no sin zozobra, si aquellos hombres estaban preparados para la tarea que tenían por delante. El joven Genthon había dejado su puesto y ya estaba organizando a sus compañeros para recibir a los alumnos que estaban a punto de llegar a su primer día de trabajo en el Piadoso Socorro.